

Indios y negros en Costa Rica

Claudio BOGANTES-ZAMORA

Aarhus Universitet - Romansk Institut

Resumen

Las culturas negra e indígenas, sus hombres y mujeres, no han jugado hasta los últimos años un papel muy importante en la autocomprensión del costarricense, que ha construido su identidad en el paisaje del valle intermontano donde se asienta la población blanca y mestiza. En la literatura, indios y negros apenas si aparecen en algunas de las primeras obras narrativas de principio de siglo. En las narraciones de la generación de la década de los 40, sobre todo en las novelas Mamita Yunai y Puerto Limón, su presencia y su problemática ocupan un lugar más destacado. En las últimas décadas, los negros de Costa Rica y su cultura se expresan en la obra del escritor y ensayista Quince Duncan. Con él se puede decir que los negros se convierten en sujetos visibles de su propia historia. Tanto no me parece que se pueda afirmar aún de los indios de Costa Rica.

Costa Rica cuenta hoy con aproximadamente 3.000.000 de habitantes, de los cuales se estima que unos 13.000 son indios y unos 35.000, negros de origen sobre todo jamaicano (BLOMSTRÖM y LUNDHAL 1989).

La mayoría «blanca» se concentra en el Valle Central, donde están ubicadas las cuatro ciudades más importantes, las cuales constituyen hoy una región metropolitana más o menos integrada. Allí vivía ya en 1973 cerca del 60% de la población (FERNÁNDEZ, SCHMIDT y BASAURI 1977: 294).

Los indios han gozado en las últimas décadas, en principio, de la protección del Estado, quien los ha ubicado en reservas. La mayoría vive en las estribaciones de la Cordillera de Talamanca, región situada hacia la frontera con Panamá. Los más numerosos son los bribris y los cabécares en el este, y los térrabas y borucas en el oeste. En las llanuras del norte, hacia la frontera con Nicaragua, habitan otros grupos, siendo el más importante el grupo de los guatusos.

Esas «zonas de refugio», así como el organismo estatal CONAI (Consejo Nacional de Asuntos Indígenas), deberían protegerles de agresiones económicas y culturales; sin embargo, esa protección se revela cada vez más difícil de mantener a causa del aumento general de la población, el estrechamiento de la frontera agrícola — o disminución de la tierra

laborable disponible — y la intensificación de la colonización así como del descubrimiento de petróleo u otros recursos naturales importantes precisamente en los territorios de las reservas indígenas.

Los negros, que habitan sobre todo la provincia de Limón en la costa atlántica, no han gozado, muy al contrario, de una «protección» similar por parte del Estado. Se trata de un grupo social que, si bien marginado y discriminado por el grupo mayoritario de los blancos y mestizos, que tradicionalmente se consideran el núcleo fundamental de la nación y la nacionalidad, constituye una minoría que parece estar en mejores condiciones de conservar y hacer valer su cultura y su diferencia, a pesar de encontrarse en un proceso relativamente acelerado de integración a la sociedad nacional.

Para entender la posición marginada de negros e indios, en ese «islote blanco» que es Costa Rica en el contexto centroamericano, me parece de interés hacer una breve reseña histórica de la formación y desarrollo de la población costarricense.

Según estimaciones del obispo Thiel, que se hallan en su *Monografía de la población de la República de Costa Rica en el siglo XX*, publicada en 1900, a la llegada de los españoles al territorio de lo que hoy es Costa Rica, vivían alrededor de 27.200 indios. Ahora bien, a juzgar por la riqueza de yacimientos arqueológicos — si bien es cierto que no se han encontrado restos de centros ceremoniales comparables con los de Mesoamérica o las de la región andina —, es difícil imaginar que un grupo tan reducido de habitantes hubiera podido producir el excedente necesario para que ciertos grupos sociales llegaran a tan alto grado de desarrollo artístico tal y como lo demuestra la calidad técnica y estética de los trabajos en barro, piedra, jade y oro.

Sin embargo, los demógrafos FERNÁNDEZ, SCHMIDT y BASAURI (1977: 221) se contentan con constatar en su estudio que: «... esta cifra parece cercana a la realidad, ya que la economía de las comunidades indígenas del país, basada en una agricultura primitiva, no permitía el sostenimiento de una población muy elevada». En un estudio un poco más reciente, se anota, al contrario, que: «Al momento presente el desarrollo de la historia demográfica del siglo XVI en nuestro país no permite conclusiones...» (IBARRA ROJAS 1986). Los datos concernientes al número de habitantes que se suelen aportar están sacados de documentos relacionados con las encomiendas y los repartimientos de indios. Estos documentos no precisan si se trata de varones solamente o si las

cifras incluyen igualmente a mujeres y niños. Así, para el cacicazgo del Guarco, el conquistador Perafán de Rivera informa en 1569 que existen 5.500 personas, sin ninguna precisión acerca de sexo y edad. En 1592, testigos indígenas anotan para la misma región un número de habitantes que oscila entre 8.000 y 12.000, siempre sin precisar sexo o edad. Si bien IBARRA ROJAS (1986: 20) subraya que por el momento los estudios no permiten conclusiones definitivas, estima «que se puede considerar la posibilidad de que se trate de hombres ya que la naturaleza tanto del documento como del proceso que representa es precisamente el de la encomienda». Es decir que lo que aparece censado es la fuerza de trabajo aprovechable. Además, las cifras conciernen solamente las regiones que los primeros conquistadores y pobladores españoles habían explorado y conquistado. Los territorios de Tierra Adentro y Talamanca, por ejemplo, que nunca lograron someter, constituían una «región de densa población indígena», como anotan otras dos investigadoras (QUIRÓS VARGAS y BOLAÑOS ARQUÍN 1986: 62). Estas observaciones nos permitirían, de una manera que los especialistas de la demografía histórica sin duda no aceptarían, multiplicar todos los datos iniciales, al menos por tres o por cuatro; así la cifra anotada por Thiel arrojaría inmediatamente un total de aproximadamente 100.000 personas para la sola región central.

Las diferentes etnias que habitaban el territorio pertenecían, según arqueólogos, antropólogos y lingüistas, a dos grandes zonas culturales: una, en el noroeste, se adscribía a las culturas de Mesoamérica, otra, al sur y al este, estaba relacionada con el área cultural chibcha (QUESADA PACHECO 1986).

Como en todo el Nuevo Mundo, la catástrofe demográfica también se produjo en Costa Rica:

La población indígena reducida en poblados se encontraba en 1682 terriblemente diezmada, si la comparamos con el número de indígenas otorgados en encomienda en 1569 [21.199]. En 1682 existían mil trescientos cuarenta (hombres y mujeres mayores de veinticinco años), diez y siete años más tarde, el padrón de 1699 reporta un total de mil ciento cinco individuos de esta edad. (QUIRÓS VARGAS y BOLAÑOS ARQUÍN 1986: 70)

Un dato importante acerca de la población no indígena, y que los modernos demógrafos estudian con mayor detenimiento, es el hecho de que los primeros conquistadores trajeron consigo un pequeño número de esclavos negros. En el padrón de 1682 se registran 100 moradores denominados como mulatos y negros libres, los cuales vivían en la Puebla de los Angeles, el llamado barrio de los «pardos» de Cartago, la capital colonial de la provincia. Se anota igualmente la existencia de 16 mestizos y 475 españoles. Para Esparza, la otra «ciudad» de la provincia, se enumeran 29 pardos, 55 españoles y ningún mestizo.

La evolución de la población fue muy lenta como se puede ver en el cuadro siguiente que entrega las cifras absolutas y porcentajes del total de la población a principios del siglo XIX: 52.591 habitantes (QUIRÓS VARGAS y BOLAÑOS ARQUÍN 1986: 75). Se nota el marcado descenso de la población indígena y el escaso número de españoles, así como el aumento moderado de los mulatos y el significativo desarrollo de la categoría de los mestizos.

Análisis de la población de Costa Rica según su denominación étnica (Población tributaria mayor de 25 años) 1611 - 1801.

Categorías étnicas	1611		1682		1741		1801	
	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%
Espanoles	330	2.12	530	26.00	4687	19.4	4942	9.3
Indios	14908	95.96	1290	66.00	12716	52.7	8281	15.75
Mestizos	25	0.14	16	1.00	3458	14.4	30413	57.9
Negros	25	0.14			200	0.8	30	0.05
Pardos	250	1.63	129	7.00	3065	12.7	3925	17.00
TOTALES	15538	100.0	1969	100.0	24126	100.0	52591	100.0

Un tema muy discutido por los investigadores costarricenses es la relación entre la composición de la población, la pobreza generalizada y el talante democrático del pueblo costarricense. En este contexto, el mito del «labriego sencillo» constituye una de las representaciones oficiales más generalizadas, y hasta hace poco muy aceptadas, acerca del origen de los costarricenses, tal y como se puede leer en la caracterización que de él da el sociólogo Eugenio Rodríguez, ex ministro de educación:

Durante los siglos XVII y XVIII, indios y españoles tienen que labrar la tierra. No hay gigantescas encomiendas que puedan dar a los españoles el goce tranquilo del trabajo servil; no hay minas ricas que obliguen a la esclavitud de la mita: *los pobladores viven con lo que pueden arrancar de la tierra en una lucha dura individual*. Tremendo problema económico que nos libró de la cruel pesadilla de las aristocracias criollas. No fue sino con la relativa riqueza que trajo el cultivo del café, que se formó una oligarquía agraria, de gran influencia en la política del siglo XIX, y que en lo que va del XX también ha influido; *pero ya el carácter del pueblo estaba formado: Libre, independiente, arisco, el costarricense había nacido para la libertad y la igualdad en el oscuro y penoso siglo XVII*. (RODRÍGUEZ 1977: 23)¹

Los estudios de QUIRÓS VARGAS y BOLAÑOS ARQUÍN (1986: 66-67) demuestran la falsedad del mito de la igualdad originaria de la sociedad costarricense. Sus estudios detallados de los primeros repartimientos y encomiendas muestran la diferente suerte de los integrantes de la hueste conquistadora. De 306 sólo 85 recibieron tierras e indios:

A principios del siglo XVII, ya estaban claramente diferenciados dos sectores de encomenderos: por una parte un reducido grupo que había tenido éxito con el comercio de mulas y el tributo indígena y, por la otra, un sector de encomenderos pobres o nominales que no pudieron disfrutar de sus beneficios en virtud de la resistencia indígena [...]. Pero el proceso de desigualdad entre los encomenderos y sus descendientes se aceleró y consolidó después de que la producción del trigo y la cría de mulas se destinó al comercio exterior.

A finales del siglo XVII, razas y castas ocupaban cada cual su espacio diferenciado: los pocos indios que quedaban en el Valle Central estaban bajo la «protección de la Corona», los indios naboríes se concentraban en el barrio de San Juan de Herrera; los mulatos y negros libres, en la Puebla de los Angeles; los nobles, en los centros urbanos de Cartago y Esparza. El grupo de españoles pobres que abandonaron el valle del Guarco, donde estaba asentada la capital, se instalaron en los valles de lo que más tarde sería San José, la capital de la República. Es este grupo el que en el siglo XVIII irá aumentando convirtiéndose en un campesinado criollo endogámico.

Los estudios de Gudmundson, recogidos en su libro *Estratificación Socio-Racial y Económica de Costa Rica: 1700-1850*, aportan elementos nuevos y una nueva visión de la historia del país, en particular con respecto a la importancia de los negros durante la Colonia:

La esclavitud africana constituyó una parte importante del sistema socio-económico de Costa Rica colonial: Aunque su impacto económico se limitó, sobre todo geográfica y socialmente, a la costa atlántica y Guanacaste y a las familias tradicionales más pudientes, como mano de obra en las plantaciones o haciendas en la costa atlántica y Guanacaste respectivamente o como criados domésticos en el valle central, las actitudes y estructuras socio-raciales que se desarrollaron en esta experiencia esclavista colonial no se limitaron a ciertas regiones o clases y formaron la base de varios conceptos socio-raciales costarricenses de la actualidad. (GUDMUNDSON KRISTJANSON 1978: 19)

Por su parte, las conclusiones a que llegan QUIRÓS VARGAS y BOLAÑOS ARQUÍN (1986: 76) en sus estudios son claras y niegan el enraizado mito del «labriego sencillo»:

El mestizaje durante el siglo XVII no jugó en el Valle Central un papel democratizante en la medida en que este fenómeno no ocurrió. El campesinado de este período es el resultado de un proceso de pauperización de un sector importante de la sociedad española que reivindicó el derecho a la tierra como legítimos descendientes de conquistadores pobladores, la disminución de la población indígena fue consecuencia directa de la brutal explotación y no el resultado de la fusión de dos pueblos y dos culturas. El mestizo del siglo XVIII es el resultado del blanqueamiento racial e ideológico de la población de ascendencia africana.

Nuevos estudios genealógicos que están a punto de aparecer muestran claramente que la gran mayoría de las familias, aun de pretensiones aristocratizantes, tienen ascendencia africana.

La nueva clase, la oligarquía cafetalera, que surgió poderosa a mediados del siglo pasado, organizó la producción del nuevo producto exportable y se adueñó del joven Estado, a la que se refería Eugenio Rodríguez en el pasaje citado más arriba, representa una transformación en las actividades económicas, pero no un cambio en el personal. Como lo ha demostrado Samuel STONE, en su famoso estudio *La dinastía de los conquistadores* (1975), la inmensa mayoría de los miembros de la oligarquía cafetalera son descendientes de los tres primeros gobernadores de Costa Rica. De ella provienen el 90% de los jefes de Estado y cerca del 80% de todos los diputados que ha habido en la historia del país.

A nivel político la diferencia fundamental entre esta clase dominante costarricense y sus homólogas centroamericanas está en el modo de ejercer la dominación. El ejercicio del poder en Costa Rica por parte de la minoría dominante es tan absoluto como en los otros países, pero suave y consensuado. La dominación se practica no a través de la dictadura y el ejército, sino gracias a la ideología y la escuela. De ahí la importancia increíble que cobran los mitos de la pobreza generalizada, la igualdad originaria, la vocación democrática y el amor innato a la libertad.

¹ Enfasis agregado.

La investigación histórica está, como lo hemos visto, apenas comenzando a aportar los materiales necesarios para el estudio científico del impacto de la conquista y de la colonización, así como de la vida y condiciones que han experimentado tanto los indios como los negros después de la independencia de la Corona española.

Pero hace ya cincuenta años, el dirigente sindical, político, escritor y trabajador de las bananeras, Carlos Luis Fallas, ponía en boca del protagonista y narrador de su novela *Mamita Yunai* unas preguntas similares a las que actualmente preocupan a los investigadores sociales:

Estos indios que casi lloraban implorando un pedazo de carne o un jarro de guaro, ¿eran los descendientes de aquellos belicosos talamanca? ¿No fueron sus antepasados los que hicieron famoso, con su bravura, el nombre de su región en tiempos de la colonia? ¿No fue esta raza, altiva otrora, la que mantuvo en jaque al audaz y fiero conquistador hispano? Los codiciosos buscadores de las misteriosas minas de Tsingal, si no encontraron nunca las esmeraldas que anhelaban, ¿no tropezaron siempre en cambio con las certeras lanzas y las mortíferas flechas de los valientes guerreros indios? [...]

Para sojuzgarlos resultó vano el halago e inútil la amenaza; inútil también desorejar, en la vieja metrópoli colonial, a centenares de indios prisioneros. No lograron entonces domar la raza, ni los habilidosos frailes con sus escapularios y sus oraciones, ni los valientes soldados de España con sus espadas, arcabuses, cascos y corazas. (FALLAS 1975: 88)

La respuesta de Fallas a sus propias y líricas preguntas me parece, a pesar de estar claramente marcada por su ideología política, perfectamente acertada:

La doma, el embrutecimiento del indio, la destrucción de la raza bravía, quedó para otros conquistadores mil veces menos valientes, pero infinitamente más crueles y rapaces que aquellos españoles ¡y más arteros!: para los conquistadores imperialistas yanquis, secudados por criollos serviles. Y para otros tiempos: para los gloriosos tiempos de la república democrática y libérrima. (FALLAS 1975: 88)

La segunda inmigración negra a Costa Rica la constituyen los jamaicanos que llegaron al país en cantidades considerables a partir de 1872. Se consideraron a sí mismos como una fuerza de trabajo temporal para la construcción del ferrocarril que uniría el Valle Central, donde se producía el café, único producto de exportación significativa, con el puerto en la costa atlántica. Minor C. Keith, el constructor del ferrocarril, obtuvo del gobierno importantes concesiones de tierras a lo largo de las líneas férreas donde inició la producción de banano. Los negros, habituados desde generaciones al trabajo de plantación en las Antillas, también se incorporaron fácilmente a estas labores.

Resulta interesante recordar la actitud inicial, casi prepotente, de los negros frente a los nacionales. Los jamaicanos eran sujetos del Imperio Británico, la mayor potencia mundial de la época. Como tales compartían el desprecio hacia los «pañás», los hispa-

nohablantes. Al llegar al mísero poblado de Puerto Limón, compararon sus costumbres nada deleznales de higiene, vivienda, religión, etc., encontrándolas muy superiores a las de los nativos. Además, hablaban la misma lengua que los patrones de la Compañía, quienes hábilmente se hicieron pasar ante ellos por británicos. Este sentimiento de solidaridad y lealtad les llevó, en ciertas ocasiones «difíciles» para Keith, a trabajar durante semanas y meses sin recibir su salario (MELÉNDEZ y DUNCAN 1979: 102 ss).

Sin embargo, según acuerdos entre Keith y el gobierno se votaron leyes discriminatorias que prohibían a los negros poseer tierras y traspasar las fronteras de la provincia de Limón (*ibid.* 107). Así en los años 30, cuando las plantaciones bananeras fueron destruidas por la sigatoka y la enfermedad de Panamá, y la United Fruit Co. abandonó las plantaciones, desmantelando instalaciones, edificios y llevándose la maquinaria para iniciar la producción en las nuevas concesiones de la región del Pacífico sur, los negros no tuvieron derecho de abandonar Limón. Cayeron entonces en la miseria o bien se vieron obligados a emigrar a Panamá o a otros países del área. Carlos Luis FALLAS (1975: 28) describe mejor que las frías estadísticas el desamparo de los negros limonenses; el personaje-narrador de *Mamita Yunai* se encuentra con un grupo de ellos que, clandestinamente, se dirige hacia la frontera panameña:

¿De dónde venían y adónde iban esas gentes, arrastrando a través de los siglos el pesado fardo de su piel quemada? ¿Adónde encontrarían su tierra de promisión?

Huyeron en la jungla africana de los cazadores de esclavos; tiñieron con su sangre las argollas en las profundas bodegas de los barcos negreros; gimieron bajo el látigo del capataz en los algodones sin fin y se internaron en la manigua tropical como alzados, perseguidos por los perros del patrón. Pareciera que para los negros se ha detenido la rueda de la historia: para ellos no floreció la revolución francesa, ni existió Lincoln, ni combatió Bolívar, ni se cubrió de gloria el negro Maceo. Y ahora los pobres negros costarricenses, después de haber enriquecido con su sangre a los potentados del banano, tenían que huir de noche, a través de las montañas, arrastrando su prole y sus bártulos. No los perseguía el perro del negrero: los perseguía el fantasma de la miseria.

Cabe preguntar cuáles pueden ser las razones y causas de que los indios no logren hoy hacer valer su cultura e imponer su presencia frente a la mayoría dominante blanca y mestiza, mientras que los negros sí parecen estar en condiciones de poder lograrlo.

La población indígena nunca se recuperó de manera significativa de la catástrofe demográfica que siguió a la conquista, de manera a poder imponer su presencia, por el mero peso numérico en relación con los otros grupos étnicos que, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, evolucionarán positivamente.

Por otra parte, los testimonios arqueológicos tampoco tienen un peso tal que permitan referir a un pasado glorioso como lo pudieron hacer los diferentes movimientos indigenistas en el caso de los herederos de las grandes culturas mesoamericanas o andinas.

Durante la conquista, los indios, de la región sur sobre todo, hicieron resistencia y aislándose en las montañas de Talamanca evitaron ser colonizados, pero al aislarse se automarginaron; más tarde, las políticas indigenistas del Estado, al querer protegerlos, profundizaron el aislamiento impidiéndoles, de refilón, una participación cabal en el desarrollo general de la sociedad.

El contingente de esclavos negros que llegó con los conquistadores y los que fueron importados más tarde se diluyó en tal grado, en un proceso de blanqueamiento, que a nivel del fenotipo apenas si se puede detectar. Esto a pesar de ser la base del mestizaje a que hacen alusión los documentos de la época colonial, como lo hemos visto.

Es pues el grupo negro de la segunda inmigración el que en la actualidad marca mejor su presencia. Esto se debe, en mi opinión, entre otras razones, al hecho de ser un grupo de cultura afro-antillana ya

estabilizada en el momento de instalarse, de manera más o menos forzada, habida cuenta de las condiciones económicas tanto en Jamaica como en Costa Rica.

Además, este grupo participa en mayor o menor medida en la red cultural del área afro-antillana, hecho que favorece la conservación de su lengua, religión, creencias y otros usos y costumbres que constituyen buena parte de su identidad cultural. El bilingüismo es igualmente una fuerza importante de la población negra de Limón.

Es igualmente significativo el hecho de que, a diferencia de los indios, los negros de Costa Rica han logrado acceder a los bienes de la cultura de manera a tener un investigador y escritor de la talla de Quince Duncan. A nivel de la cultura popular, la mayor manifestación es sin duda el carnaval, que se vuelca en las calles no sólo de la ciudad de Limón, sino también en las de San José.

Bibliografía

- BLOMSTRÖM Magnus y Mats LUNDAHL
1989 *Costa Rica en landstudie*.- Stockholm: Latinamerika-Institutet.
- BOGANTES ZAMORA Claudio
1990 *La narrativa socialrealista en Costa Rica 1900- 1950*.- Aarhus (Denmark): Aarhus University Press.
- FALLAS Carlos Luis
1975 *Mamita Yunai*.- La Habana: Ediciones Huracán.
- FERNÁNDEZ A. Mario E., Annabelle SCHMIDT DE ROJAS y Víctor BASAURI
1977 *Población de Costa Rica y origen de los costarricenses*.- San José: Editorial Costa Rica. (Biblioteca Patria)
- GUDMUNDSON KRISTJANSON Lowell
1978 *Estratificación Socio-Racial y Económica de Costa Rica: 1700-1850*.- San José: EUNED.
- IBARRA ROJAS Eugenia
1986 «La organización clánica en el valle central y Talamanca en el momento de la conquista (Siglos XVI y XVII)», in: SIBAJA Luis Fernando (ed.), *Costa Rica Colonial*.- San José: Ediciones Guayacán.
- MELÉNDEZ Carlos y Quincy DUNCAN
1979 *El negro en Costa Rica*.- San José: Editorial Costa Rica.
- PALMER Paula
1986 «*Wa'apin man*». *La historia de la costa talamanguena de Costa Rica, según sus protagonistas*.- San José: Instituto del Libro.
- QUESADA PACHECO Miguel A.
1986 «La lengua española y la sociedad colonial en Costa Rica», in: SIBAJA Luis Fernando (ed.), *Costa Rica Colonial*.- San José: Ediciones Guayacán.
- QUIRÓS VARGAS Claudia y Margarita BOLAÑOS ARQUÍN
1986 «El mestizaje en el siglo XVII: Consideraciones para comprender la génesis del campesinado criollo del Valle Central», in: SIBAJA Luis Fernando (ed.), *Costa Rica Colonial*.- San José: Ediciones Guayacán.
- RODRÍGUEZ Eugenio
1977 *Apuntes para una sociología del costarricense*.- San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- STONE Samuel
1975 *La dinastía de los conquistadores*.- San José: Edit. Universidad de Costa Rica.

Résumé

Les cultures noire et indigènes, les hommes et femmes qui les constituent, n'ont pas joué, jusqu'à ces dernières années, un rôle important dans la compréhension du Costaricien par lui-même. Ce dernier a construit son identité dans le paysage délimité par la vallée où est implantée la population blanche et métisse. Dans la littérature, Indiens et Noirs apparaissent à peine dans quelques-unes des premières œuvres narratives du début du siècle. Dans les récits de la génération des années 40, surtout dans les romans Mamita Yunai et Puerto Limón, leur présence et leur problématique occupent une place plus remarquable. Dans les dernières décennies, les Noirs du Costa Rica et leur culture s'expriment dans l'œuvre de l'essayiste Quince Duncan. On peut dire qu'avec lui les Noirs se transforment en sujets visibles de leur propre histoire. On ne peut pas encore en dire autant, je crois, des Indiens du Costa Rica.

Summary

Until recently, black and indigenous cultures, their men and women, have not played an important part in the self-image of the Costa Ricans, who have sought their identity in the landscape of the valley where the white and mestizo populations have settled. In literature, indigenous and black people appear only in some of the first narrative texts from the beginning of the century. Their presence and issues have a more important role in the narrative works produced by the generation of the forties, especially in Mamita Yunai and Puerto Limón. In the last decades, Costa Rican black people and their culture have found an expression in the works by the author and essayist Quince Duncan. With him, it is possible to say that blacks have become the visible subjects of their own history, while it seems that the indigenous population of Costa Rica has not yet achieved the same.